

la hacen aquí á Pereda, como se le acaba de hacer á Guimerá, como se le hará á quien la merezca, sea catalán ó cubano, aunque no sólo por cubano ó catalán.



Pasa la acción de *Mar y cielo* á bordo de un corsario argelino, que, habiendo apresado un barco español, se lleva cautiva á la tripulación que sobrevivió al abordaje. Entre los cautivos se cuentan, además de Ferrán, patrón del barco, una doncella cristiana, Blanca, y su padre Don Carlos, que la llevaba á profesar á un convento.—El arraez del buque pirata, Said, es un mozo brioso, de salvaje fiera, hijo de morisco, amamantado en el odio á la Cruz y á España; ha visto morir asesinado por cristianos á su padre y luego á su madre, y ha bebido sus últimas palabras: «¡Hijo, véngamel!» Envenenada su alma por este recuerdo, Said es implacable con los cautivos, hasta que, al narrar delante de ellos la sangrienta histo-

ria, ve á Blanca, la novicia, prorrumpir en compasivo llanto. Aquellas lágrimas producen dos efectos contrapuestos. En Don Carlos, fanático enemigo de los infieles, indignación; en Said, dulce y secreta emoción, preludio de amor inmenso.—La misma Blanca, sorprendida de su propia compasión, decide rescatarla matando al enemigo de Dios. Con este fin se acerca cautelosamente al lecho de Said, armada de un puñal; pero Said despierta, Blanca no puede realizar su atroz propósito, y sobrecogida se desmaya en brazos del pirata, el cual exclama, asombrado y dolorido: «¡Pobre niña!»

Así acaba el primer acto. En los dos siguientes, la pasión de Blanca y Said, al tomar incremento, desorganiza el barco y produce el conflicto trágico de los sucesos que á bordo de él se desarrollan. Dominado Said por el atractivo de la cristiana, descuida el mando, y da lugar á que la gente se le amotine, á que los cautivos se alcen y se apoderen de la embarcación, hallándose así su vida á mer-

ced del furor de Don Carlos, defendiéndola tan sólo Blanca, que arrostra para proteger á Said la maldición de su padre. Convencidos ya la cristiana y el arraez de que se adoran, pero que, como el mar y el cielo, no podrán juntarse nunca á no ser en la línea ideal del horizonte, aspiran á unirse al menos por la muerte; un momento la generosidad de Ferrán, primo de Blanca, les hace entrever una esperanza de salvación, presto disipada por el sanguinario rencor de Don Carlos, que, al disparar contra Said, hiere á su propia hija; y los dos amantes, por la porta del barco, se arrojan á las olas, para sepultar en ellas su desventurado amor. «¡Al mar!», dice él. «¡Al cielo!», contesta ella, y abrazados los recibe el abismo.

\*\*\*

Por esta breve exposición del argumento juzgará el lector que *Mar y cielo* es un drama ultraromántico. En efecto lo es, si atendemos principalmente á su

asunto, sin cuidarnos de la forma en que está desarrollado, ni del estudio de algunos caracteres, señaladamente el de Said. —La impresión del espectador algo versado en letras es que *Mar y cielo* tiene, como varias óperas modernas, reminiscencias de escuelas distintas y á veces contrarias. El relato de Said en el primer acto, y la compasión de Blanca, recuerdan á *Otelo*. —«Me amó por mis desdichas... y yo la amé por la piedad que de mí tuvo», podría decir el arraez, parodiando al Moro de Venecia. —Aquel odio entre dos razas, trocado súbitamente en amor; aquella pasión tan juvenil y tan ardiente de Said, trajeron á los labios de todos, los nombres de *Julieta y Romeo*. Aquel barco, aquellos piratas, aquel final por inmersión... ¿no tienen deijos de *Mar sin orillas*? Aquella cándida niña sentenciada al claustro, aquel padre inexorable, rígido hasta la demencia, ¿no los hemos visto hace poco subir á la escena, por centésima vez, bajo el nombre de *Doña Inés* y el *Comendador*? Aquel indómito rey de mar, contra quien

se vuelven sus seides al verle esclavo de una mujer, león sujeto con cinta de seda, ¿no respondía por *Haroldo*? ¿No era normando? ¿Cómo se ha vuelto *mudéjar*? Y por último: ¿no conocemos ya cien ejemplares de ese tipo del hombre bravío y sin ley, bandido generoso ó corsario poético, desde aquel de Espronceda que veía

«Asia á un lado, al otro Europa,  
Y allá á su frente, Estambúl,»

y se jactaba de sus proezas cantando:

«Que es mi barco mi tesoro,  
Que es mi Dios la libertad,  
Mi ley, la fuerza y el viento,  
Mi única patria, la mar,»

hasta el *Conrado*, de Byron, el *Carlos Moor*, de Schiller, y el *Hernani*, de Victor Hugo? ¿No estamos ya tan familiarizados con las transformaciones de ese carácter, infalible engendrador de simpatía y bañado en melancólica grandeza, que podemos predecir con exactitud

astronómica la hora en que cesará el eclipse y resplandecerá bajo la fiera el hombre nobilísimo, apasionado, *fino y sensible*, como decían nuestros padres?

Todo esto es evidente, y evidente también que, aun prescindiendo de nuestra antigua relación con el tipo de Said, en *Mar y cielo* ni están los demás personajes á la altura del mismo protagonista, ni tampoco hay en los recursos dramáticos gran novedad, verosimilitud ni destreza. De los personajes restantes, Blanca aparece demasiado imbuida en el ciego fanatismo de su padre en el primer acto, y tan llena de iniciativa en los demás, que llega á causar indefinible extrañeza aquel puñal que no se le cae de las manos, y que á cada momento esgrime. Respecto á Don Carlos, el padre de Blanca, hay que juzgarle más severamente aún: no es hombre, es una abstracción, una manía personificada: sus actos no parecen de persona cuerda, sino de mentecato demente: no es el modelo del caballero cristiano, ni brota de sus labios

el espíritu del catolicismo en nuestros siglos de oro, sino una especie de divisa como aquellas que les salen de la boca, en forma de cinta, á los santos de ciertos grabados y pinturas. Su hija Blanca no tenía vocación, ella misma lo declara; además la pretendía su primo Ferrán, noble y honrado; pero á Don Carlos se le ha puesto entre ceja y ceja lo del monjío, é inmola á su hija sin escrúpulo. Apresado por un corsario, á merced del cual están, no sólo su vida, sino la honra de Blanca (pues no solían los arraeces gastar muchas retóricas y melindres con las cautivas bellas), Don Carlos no cesa de brava-tear, de irritar á los tigres que pueden devorarle, y las atenciones, los rasgos de bondad de Said, lejos de templar su ánimo, diríase que le incitan á mayor insensatez. Es, en suma, un viejo terco, inconcebible, despojado de la profunda humanidad del *Brabancio* de Shakespeare y de la majestad fantástica del *Comendador*, cuya porfía obedece á móviles racionales al fin,— el conocimiento de la des-

atentada conducta de Don Juan.—Said, al aborrecer á los cristianos, procede también por motivos: han matado á su padre, han martirizado á su madre ante sus propios ojos. Pero Don Carlos, á quien el autor quiere hacer símbolo de la sociedad cristiana de entonces, ¿en qué funda su absurdo porte á bordo del barco pirata?

De los demás personajes, ya secundarios, ni son muy nuevos los mejores (verbi gracia, Hasén y el Renegado), ni en los restantes hay, á falta de novedad, aquel relieve escénico que supo prestar Víctor Hugo hasta á los comparsas de su teatro (menos elogiado hoy de lo que merece). Y los recursos que sirven para ligar, impulsar, desenvolver y precipitar la acción, son ó tan falsos como el del puñal de Blanca, ó tan gastados y hasta pueriles como el de las espadas que se lleva el Renegado aprovechando una distracción de los piratas....

\* \* \*

¡Me parece que, después de todo lo que acabo de escribir, nadie me acusará de parcial ni de blanda con Ángel Guimerá y su tragedia *Mar y cielo*, encomiada por unánime voto y casi sin restricción en la prensa de Madrid! ¡Creo que he conquistado, mediante esta severidad, que muchos graduarán de excesiva, y que en mi conciencia es justa, el derecho de decir á boca llena que por solo *Mar y cielo* (no conociendo el resto de su teatro) coloco á Guimerá en primera línea entre nuestros autores dramáticos, y he disfrutado la noche del estreno tanto como el más ferviente admirador *incondicional* del poeta!

Tengo en qué fundar esta aparente inconsecuencia. He puesto por delante la falta de novedad y las deficiencias de *Mar y cielo* en su concepción y estructura; ahora debo presentar de realce sus cualidades, que son, á más de originales, altísimas, en cuanto á desempeño y forma; y me atrevo á sostener que esa forma y ese desempeño, con el inspirado estudio del desarrollo de una pasión amorosa verda-

dera en un alma virgen de ternura y huérfana de cariño, es lo que avasalló al público y le arrancó entusiastas y merecidos aplausos.

*Mar y cielo* es un rasgo de genio, en cuanto á que el autor supo tomar de tres escuelas tan distintas como el romanticismo, el clasicismo y el realismo, ciertos elementos escogidos entre lo más característico de cada una, y fundirlos, sin abusar de ellos. Del romanticismo, la pasión, el interno lirismo. Del clasicismo, la sobriedad y elevación del lenguaje, la concisión hermosa. Del realismo, la verdad del carácter de Said, y la rudeza de la frase directa y sincera, que de vez en cuando nos recuerda que estamos á bordo, entre corsarios, y ayuda á formar ambiente.—No pretendo indicar, como supondrá el lector, que Guimerá calculase esta amalgama de elementos. Venido al teatro en época de transición, cuando el clasicismo no puede renacer, el romanticismo ya no puede vivir y el realismo no puede madurar todavía, Guimerá

siente esa crisis y la domina con su fórmula instintivamente ecléctica, y sobre todo con su personalidad, en que indudablemente hay mucho de genial. *Mar y cielo* es romántico sin delirio, clásico sin frialdad y realista sin prosaísmo. Es, sobre todo, obra de un poeta nuevo y brioso, que hace correr más intensa la vida por nuestras venas, con el calor de su musa.

Treinta años hace, Guimerá hubiese sido un romántico desatado, cien veces más reñido con la realidad que Zorrilla, —el cual no lo estuvo tanto como á primera vista parece,—y acaso más verboso, más derrochador de rimas. La época presente se le impone y condiciona su forma, la expresión de las ideas de sus personajes, obligándole á cercenar el lirismo y conseguir una precisión escultórica. En mi entender, por eso ha triunfado: por eso nadie ha visto en *Mar y cielo* una concepción febril, sino un hermoso drama que toca á las nubes y descansa en la tierra.

\* \* \*

Yo me atreví á disentir del parecer de Menéndez y Pelayo y Núñez de Arce. Ellos opinaban—y también el Sr. Palau—que sólo en verso (siquiera sea en verso blanco) pueden decirse ciertas cosas. Yo creía, y sigo creyendo, que en prosa ha dicho Tamayo, v. gr., por todo lo alto, cosas muy buenas. El verso podrá sostener á la idea; también el corsé emballenado sostiene el cuerpo de la hermosa; pero á veces lo desfigura, alterando sus lineamientos. No implica esta opinión mía censura alguna á la traducción de Enrique Gaspar, que me parece excelente, digna del original y fielmente ajustada á él. Gaspar ha sabido conservar la robustez, la energía, la viril aspereza del catalán, claramente reflejadas en su traducción castellana. Lo que afirmo es que, si Enrique Gaspar traduce en prosa, como él es capaz de traducirla, *Mar y cielo*, nada perdería la tragedia, y ganaría algo la misma exactitud que elogio en Gaspar. Por ejemplo: en el admirable final del primer acto, en vez de «¡Pobre niña!»

que le hace decir, no la fuerza del conso-  
nante, pero sí la de la rima, pondría Gas-  
par el «¡Pobre mujer!» del original ca-  
talán. No son nimiedades : en Guimerá,  
que no es palabrero, no equivale una  
expresión á otra — y lo digo como altísi-  
mo elogio.



Ricardo Calvo, que tiene la voz muy  
dañada por culpa del mal gusto de un  
público para quien el mejor representan-  
te sería sin duda Estentor, supo demos-  
trar en *Mar y cielo* que sin necesidad  
de la voz acierta á decir mucho y muy  
hondo.—Yo he tardado en admitir que Ri-  
cardo pudiese compensarnos la pérdida  
de Rafael, tan prematuramente robado á  
la escena por la muerte; pero desde *Mar  
y cielo* me inclino á creer en la transmi-  
gración de las almas.—La escena de los  
celos, y la que sigue, cuando Saïd, desde  
la porta, contempla enajenado de gozo  
la luz que más aun que del cielo bajó de

los ojos de Blanca hasta su corazón, es  
*Rafael y del mejor* — como diría un tra-  
ductor que no fuese Enrique Gaspar...

Los demás actores supieron *acercarse*;  
la Calderón, Donato y Rivelles *llegaron*.  
En resumen, *Mar y cielo* es por ahora la  
flor de la temporada teatral que princi-  
pia. Le he consagrado largo análisis, y  
larga será la estela que deje en la me-  
moría madrileña el nombre de Guimerá.  
¿Cuándo oiremos en castellano *Lo fill  
del Rey*?

